

Sicilia, donde Sexto Pompeyo la recibió con honor. Tiberio Claudio Nero, que había mandado un cuerpo de ejército en Campania, fué también á buscar refugio á la isla; su mujer Livia Drusila y su hijo Tiberio, niño de dos años, huían entonces de Octavio, y estaba en los arcanos del porvenir que la una sería su esposa y el otro su sucesor en el imperio.

En cuanto á Fulvia, acompañada de Planco, se trasladó á la Grecia con sus hijos.

Octavio quedó, pues, dueño de Italia y de todo el Occidente, porque el hijo de Caleno, que después de la muerte de su padre, había tomado el mando de las legiones de la Galia, le entregó esta provincia, y España estaba á su obediencia. El inepto Lépido reclamaba su parte, y fué enviado á Africa con seis legiones de soldados descontentos ó demasiado afectos á Antonio. Llamóse á esta lucha de un año la guerra de Perusa (41-40).

Este ruido de guerra hace olvidar las calamidades que habían caído sobre la península, y hay que recordarlas para acabar de pintar aquellos abominables tiempos. Nada en la historia moderna puede dar idea de los dolores y miserias que hubo de causar aquel despojo de la población rural de Italia. Hízose la primera expropiación á expensas de las antiguas razas itálicas que Sila desposeyó para establecer sus ciento veinte mil soldados; y la segunda, por una justa alternativa, despojó á los que se habían aprovechado de la primera: los hijos de los veteranos del dictador cedieron su lugar á los legionarios del triunvirato. Virgilio fué así desposeído de su pobre patrimonio, cerca de Mantua; Horacio, que después de su huida de Filipos, había vuelto á Roma, perdió también los bienes que le dejara su digno padre, el liberto de Venusia; y Tibulo y Propertio tuvieron la misma suerte. Protegido por Polión y Galo, que estaban encargados del reparto de las tierras en la Cisalpina y conocían sus primeros versos, Virgilio obtuvo dos veces la restitución de sus campos, dos veces invadidos. Pero no todos los propietarios desposeídos tenían buenos versos para rescatar sus bienes: los más afortunados conseguían quedar de colonos en los dominios que hasta entonces habían poseído como propietarios. Los demás mendigaban y se morían en los caminos, ó bien obligados á ir á poblar lejanas colonias, dejaban tras sí en manos extrañas el hogar paterno y el sepulcro de sus mayores:

*Nos patriæ fines et dulcia linquimus arva...
Impius hæc tam culta novalia miles habebit,
Barbarus has segetes (1)!*

El *Ofelo* de Horacio es el retrato de muchos hombres de aquel tiempo; pero no todos eran capaces de decir como él: «A la adversa fortuna, ánimo viril.»

Fortiaque adversis opponite pectora rebus (2).

Cuarenta años hacía que el derecho de propiedad no existía ya en la península; consideración que por sí sola basta á probar la necesidad del imperio, puesto que el término de la república fué para Italia el término de los males, de que no pueden dar idea nuestras más desastrosas guerras.

lia. Bien que no se supiera con certeza si había tomado parte en la muerte del dictador, fué proscrito por Pedio como tiranícida. Fué abuelo de Nerón (Apiano, *Bell. civ.* V, 55; Suet. *Nero*, 3).

(1) Virgilio, *Bucol.* I, 3 y 71-72. Un poema de 183 versos, titulado *Diva*, que suele atribuirse á Virgilio, contiene también imprecaciones contra los que arrebataron al autor sus bienes.

(2) Horacio, *Sátira*, II, 11, 112-136.

IV. — TRATADOS DE BRINDIS (40) Y DE MISENO (39). — DERROTA DE SEXTO POMPEYO. — DEPOSICIÓN DE LÉPIDO.

Ni los gritos de Fulvia ni el ruido de la guerra habían sido parte á distraer á Antonio de sus delicias, ó mejor dicho, había comprendido que sólo se trataba de una intriga de su mujer. Pero un audaz ataque de los partos, hubo de despertarlo en fin. La dureza y las exacciones del gobernador que había dejado en Siria, arrastraron una sublevación: llamados los partos por los sirios y conducidos por un hijo de Labieno, que se había refugiado en la corte de Tesifonte, invadieron esta provincia y ocuparon el Asia Menor.

En la primavera del año 40, pasó Antonio á Tiro, única ciudad de Fenicia donde no hubieran entrado todavía; y las cartas de Fulvia, allí detenidas, le hicieron saber la guerra de Perusa y la huida de todos sus amigos. Era pues necesario compensar el mal efecto producido por este contra-tiempo reapareciendo con fuerzas considerables en las costas de Italia, y confiando al hábil Ventidio el cuidado de hacer frente á los partos, se hizo á la mar con doscientas quillas, que Chipre y Rodas le dieron, en dirección de Atenas, donde encontró á Fulvia.

La entrevista de los dos esposos fué un cambio de amargas y legítimas recriminaciones, la una sobre la permanencia de él en Alejandría, el otro sobre las intrigas de ella y la guerra de Perusa.

Entretanto precipitábanse los acontecimientos en Occidente y Octavio tomó posesión de la Galia. Era pues preciso atajar esta creciente fortuna, y dejando Antonio en Sición á Fulvia enferma de pesar y de vergüenza, se entendió con el pompeyano Domicio, que le abrió paso á través del mar Jonio, y rompió las hostilidades con el sitio de Brindis. Al mismo tiempo empeñó á Sexto Pompeyo á atacar la Italia meridional: Reggio estaba ya bloqueada; las tropas pompeyanas llegaban á vista de Consencia y Cerdeña había hecho defección.

Octavio parecía en grave peligro, pero sacaba gran fuerza de aquella unión contra él de hombres que la víspera pugnaban como enemigos. Mientras el campo contrario iba á abrigar á un hijo de Pompeyo, á un triunviro y á uno de los asesinos de César, quedaba Octavio como el único representante del nuevo principio, á cuyo alrededor se habían agrupado ya tantos intereses; y tal es la ventaja de las situaciones despejadas y bien definidas, aun en política, que aquella amenazadora coalición era en el fondo poco temible.

El recuerdo de los combates de Filipos estaba aún demasiado vivo en el ánimo de los veteranos del ejército triunviral para que quisieran batirse otra vez unos contra otros: ellos mismos obligaron á sus jefes á tratar, y Cocceyo Nerva, amigo de los dos triunviros, los trajo á un acomodamiento, cuyas condiciones ajustaron Polión y Mecenas: la muerte de Fulvia aceleró todavía su conclusión.

Antonio hizo dar muerte á un consejero de su mujer, que había sido el principal instigador de la guerra de Perusa, y en prueba de su sincero deseo de establecer una buena paz, entregó á su colega las cartas de un teniente de Octavio en la Narbonense, Salvidieno, que le ofrecía entregarle sus tropas. Llamado á Roma bajo un pretexto, el traidor pagó con la cabeza.

Una nueva repartición del mundo romano, dió el Oriente hasta el Adriático á Antonio con la condición de sujetar á los partos; el Occidente á Octavio con la guerra contra Sexto; Scodra (Scutari) en la costa ilírica marcaba el límite común. Dejaron el Africa á Lépido y convinieron en que cuando no quisieran ejercer ellos mismos el consulado nom-

brarían alternativamente á sus amigos. Octavia, hermana del joven César y ya viuda de Marcelo, se casó con el otro triunviro. Acababa entonces de dar á luz al que es acaso el niño predestinado de la IV égloga de Virgilio, á aquel Marcelo, glorioso vástago de Júpiter, que el poeta ha de inmortalizar en el libro VI de la Eneida (40) (1). Los amigos de la paz esperaban que esta joven, respetada de todo el pueblo y tiernamente amada de su hermano, sabría sujetar con sus virtudes á Antonio, conservando así la unión entre los dos señores del mundo romano (2).

Los triunviros volvieron á Roma para celebrar esta reconciliación; aunque las fiestas fueron bien tristes, como quiera que el pueblo carecía de pan, pues Sexto Pompeyo, que quedó fuera del tratado de Brindis, continuó interceptando los cargamentos de víveres. Nada pasaba ante el amago de su flota y los negociantes no se atrevían ya á salir de los puertos de Esmirna, de Alejandría, de Cartago y de Marsella.

A ejemplo de los soldados, la multitud pedía pan á voz en grito, y un edil que obligó á los propietarios á suministrar 50 sestercios por cabeza de esclavo y adjudicó al fisco una parte de todas las herencias, hubo de causar nueva irritación. Los triunviros fueron perseguidos con injuriosa gritería; pero el pueblo no podía ya ni producir un tumulto: unos cuantos veteranos lo acometieron espada en mano y la guerra de Perusa.

Antonio fué quien primero se cansó de esta gritería y apremió á su colega á tratar con Pompeyo. Algunos meses antes se había casado Octavio con la hermana de Escribano Libo, suegro de Sexto, con el designio de abrirse el camino de un acomodamiento por medio de este matrimonio. Libo, en efecto, medió entre su yerno y los triunviros, y Mucia misma, madre de Sexto Pompeyo, representó á su hijo que bastante sangre se había derramado en esta malhadada contienda: con esto cedió Sexto (3) y concurren los tres al cabo Miseno, y trataron en un dique construido desde la playa á la galera almiranta y cortado por en medio, de modo que los negociadores separados por un intermedio que llenaba el agua del mar, podían ajustar las condiciones sin temor de una sorpresa. Pompeyo tenía su armada á su espalda y los triunviros sus legiones á la suya.

Estos convinieron en dejarlo volver á Roma; pero Pompeyo exigió ser recibido en el triunvirato en lugar de Lépido. Con esto se rompieron las negociaciones.

Solicitado por su liberto Menas iba á volver á Sicilia y á reanudar las hostilidades, cuando Libo y Mucia lo trajeron á una nueva entrevista, en la que se ajustaron las condiciones siguientes:

«Sexto Pompeyo recibirá por provincias Sicilia, Córcega,

(1) Propertio (III, 18) hace morir á Marcelo á los veinte años, lo que pondría su nacimiento en el 43, más de dos años antes de la paz de Brindis y la égloga de Virgilio; pero Servio (*ad. Eneid.* VI, 862) le quita dos años. «Cayó enfermo, dice, á los 15 años, y murió á los 18.» Más me inclino á la aserción del docto comentador que á la del poeta. Sin embargo, quedan siempre grandes dificultades sobre el niño predestinado.

(2) Este mismo año, el tribuno Falcidio hizo pasar la ley que lleva su nombre y fué famosa en tiempo del imperio; prohibía legar más de las tres cuartas partes de los bienes y aseguraba á los herederos la otra cuarta parte, la *cuarta falcidia*.

(3) Uno de sus principales oficiales, llamado Murco, le instaba también á tratar; pero su liberto Menas, que mandaba por él en Cerdeña, influía en sentido contrario representándole la conveniencia de dejar que obrara el hambre. No consiguió convencerlo, pero sí hacerle sospechoso á Murco, á quien Pompeyo hizo matar (Vel. Patern. II, 77; Ap. *Bell. civ.* V, 70; Dion, XLVIII, 19).

Cerdeña y Acaya, con una indemnización de 15.500.000 dracmas.

»Tendrá derecho á pretender el consulado, en ausencia, y á hacer desempeñar este cargo por ministerio de uno de sus amigos.

»Los ciudadanos refugiados cerca de él podrán volver á Roma y entrar desde luego en posesión de sus bienes. Los que hayan figurado en las listas de proscripción, sólo recibirán la cuarta parte de los suyos; quedando excluidos siempre de la amnistía los asesinos de César.

»Se concederán á sus soldados las mismas gratificaciones ofrecidas y reservadas á los soldados del triunvirato, y los esclavos refugiados en su flota obtendrán su libertad.

»Por su parte se obliga Sexto Pompeyo á limpiar de piratas la mar, á retirar sus guarniciones de los puntos que ocupan en Italia, y á enviar el trigo que Sicilia y Cerdeña tenían costumbre de suministrar á Roma.

»El tratado se confiará á la custodia de las vestales.»

Cuando, en virtud de este convenio, salvaron los tres jefes la barrera que los separaba y en prueba de amistad y paz se abrazaron estrechamente, un grito unánime de júbilo entusiasmado partió simultáneamente de la armada y del ejército. Parecía que se tocaba ya el ansiado término de todos los males; Italia no iba ya á tener hambre y los desterrados y los proscritos veían ya abiertos los brazos de la patria. Anuncióse á las tropas que un nuevo casamiento vendría á sellar la unión pactada: la hija de Pompeyo daría su mano de esposa al sobrino de Octavio.

Después de esto los tres jefes se dieron mutuas fiestas. La suerte designó á Pompeyo para obsequiar primero á sus nuevos amigos. «¿Adónde cenaremos?» preguntó alegremente Antonio. — En mis *carenas*, contestó Pompeyo; mordaz equívoco que recordaba que Antonio poseía en Roma en el cuartel de las Carenas la casa del gran Pompeyo (4).

En medio del festín, dado á bordo por Pompeyo, dicen que Menas se llegó disimuladamente á Sexto y le dijo al oído: «¿Quieres que corte los cables y te haga dueño de todo el imperio?» Sexto reflexionó un momento y contestó: «Eso se hace y no se dice; Pompeyo no puede hacer traición á la fe jurada.» Anécdota dudosa, cuando menos, como tantas otras que los antiguos refieren. Antes de separarse hicieron, de común acuerdo, la lista de los cónsules para los años siguientes (39).

Las paces de Brindis y Miseno no fueron, sin embargo, más que una tregua para los que las habían firmado; mas para Italia, desde el Rubicón hasta el estrecho de Mesina señalaron el término de las luchas sangrientas. Por espacio de siglo y medio, salvo un solo día, el de la muerte de Vitelio, ni Roma ni Italia vieron ya más su seno desgarrado por la guerra impía. Y cuando surgiendo en la memoria el recuerdo de los galos, de Pirro, de Aníbal, de Espartaco y la historia del último siglo de Roma republicana, se ve, en fin, descender la paz sobre las llanuras de Italia, donde no hay una que no haya sido un campo de batalla, sobre aquellos montes del Apenino que fueron otras tantas fortalezas, cien veces asaltadas, se siente uno impelido á ponerse de parte del que trajo esta paz, bien que á reserva de pedir cuenta á los herederos de la república de lo que hayan de hacer para el resto del mundo.

Después de la paz de Miseno, Octavio y Antonio volvieron momentáneamente á Roma á recibir los testimonios del

(4) Plut. *Anton.* 33; Apian. *Bell. civ.* V, 73. Se tomaron para tales fiestas precauciones análogas á las usadas en la edad media en las entrevistas de los príncipes rivales. Antonio y Octavio llevaron armas ocultas (*Ibid.*).

regocijo público. El uno partió muy luego para ir á someter algunos pueblos galos sublevados, el otro para atacar á los partos. Antonio llevaba consigo un senadoconsulto que aprobaba de antemano todos sus actos. El senado se debía dar por satisfecho de que uno de sus señores le hubiera pedido un decreto; este voto probaba á lo menos su existencia, de que bien pudo dudarse en las negociaciones de Miseno, en las cuales, así se le mentó á él como á Lépido, de quien se hizo completa preterición.

Con todo eso, no puede decirse en verdad que los triunviros olvidaran al senado, como quiera que todos los días le daban nuevos miembros, aunque sin pararse en requisi-



Marco Antonio (1)

tos, pues eran muchos de estos soldados, no pocos bárbaros, y algunos hasta esclavos: uno de estos llegó á obtener la pretura (2). Verdad es que se había aumentado el número de los pretores hasta setenta y siete. En cuanto al pueblo, los días de comicios recibía órdenes por escrito y votaba al tenor de ellas.

El tratado de Miseno era impracticable: era imposible que Octavio dejara el abastecimiento de Roma y de sus legiones, como igualmente el reposo de Roma, á discreción de Pompeyo, que, por su parte, soñaba también con el imperio de Roma. Entretanto, tenía Sexto en Siracusa una corte brillante. Con un tridente en la mano, y sobre los hombros un manto que tiraba al color de las ondas, hacíase

(1) Estatua de mármol de Paros de la colección Pembroke: el plinto lleva la inscripción: M. ANTONIUS. (Clarac, *Mus. de sculpt.* p. 291, n.º 2345).

(2) Su elección, sin embargo, causó en Roma tanto escándalo que los mismos triunviros, después de haberlo emancipado, lo hicieron arrojar por la roca Tarpeya (Dion, XLVIII, 34).

llamar hijo de Neptuno; y tenía cierto derecho, pues era el primer romano que había probado á sus compatriotas, que se resistían á comprenderlo, la fuerza que da el imperio de la mar. Pero en sus diez años de ausencia de Roma, y viéndolo como vivía, á la ventura, Pompeyo había adquirido los hábitos de un jefe de banda, más bien que los de un general. Esclavos y libertos mandaban sus escuadras: si una voz libre se alzaba de en medio de los nobles romanos refugiados á bordo, tomábalos en mala parte, como quien oyera una insolencia. El asesinato de Murco había desalentado á los más devotos á su persona, y fueron muchos los que tomaron por pretexto la paz de Miseno para abandonarlo. Bravo de por sí, no sabía tampoco aprovecharse de las ventajas de la victoria, y veremos á menudo cómo pierde las más propicias ocasiones.

Las primeras faltas vinieron de parte de los triunviros. Desde luego Antonio se negó á poner á Pompeyo en posesión de la Acaya á pretexto de que los peloponesios le debían crecidas cantidades que quería hacer efectivas. Después repudió Octavio á Escribonia para casarse con Livia á la sazón en cinta de seis meses, habiendo obligado á Tiberio Nerón á cedérsela. A estas provocaciones contestó Sexto reparando sus barcos y dejando libre la carrera á los piratas: casi al mismo tiempo aumentó el precio de los víveres en Roma (38) y en toda Italia.

Octavio procuró atraer á sus dos colegas, y Lépido se prestó desde luego; sino que hubo de invertir todo el verano en allegar tropas y barcos. En cuanto á Antonio, apremiado por su mujer, vino de Atenas, donde pasara el invierno, á ver al joven César á Brindis; mas no encontrándolo allí, se dió prisa en volver á Grecia, invitándolo á conservar la paz. Todo el peso de la guerra recaía pues sobre Octavio. A dicha, había negociado hábilmente la traición del liberto Menas, que le entregó la Córcega, la Cerdeña, tres legiones y una fuerte escuadra. Octavio lo recibió con grandes muestras de estimación, lo elevó á la clase de los caballeros, y le dió el mando de su flota, bajo la autoridad superior de Calvisio Sabino.

El liberto probó desde su primer encuentro su abnegación y pericia: hizo frente en el golfo de Cumas á una flota pompeyana, y dió muerte á su jefe, otro liberto de Sexto, á quien reemplazó un antiguo esclavo. Octavio intentó pasar á Sicilia, y embestido en el estrecho habría dejado la victoria en manos de los enemigos, si la aproximación de Menas no los hubiera obligado á volver á Mesina. Apenas terminado el combate, una tempestad vino á destruir casi toda su flota. Pero Sexto no supo aprovechar esta ventaja, y Agripa entretanto llegaba.

Este gran hombre de guerra, que acababa de pacificar la Aquitania y pasar el Rin como César, tomó la dirección de las operaciones: en vez de precipitar los golpes, quiso asegurarlos sin conceder nada al azar. Octavio tenía un buen puerto en el mar Superior, pero ninguno en el Tirreno que estuviera cerca de Sicilia. Agripa creó el puerto *Julio* con la reunión de los lagos Lucrino y Averno y con la reunión de los dos y la mar; después creó una flota, y con ejercicios continuos formó marineros y legionarios que recordaban con su destreza las antiguas falanges republicanas.

En la primavera del año siguiente (36), Octavia trajo otra vez á su esposo á Tarento, y no encontrando allí á su hermano, ella misma fué á buscarlo y lo condujo á esta ciudad con Mecenas y Agripa. La entrevista se efectuó á orillas del Bradano, entre Tarento y Metaponto. Por espacio de muchos días se pasearon los triunviros sin guardias prodigándose á porfía muestras de estimación y confianza, que no engañaban á nadie ni aun á sí mismos.

De común acuerdo despojaron á Pompeyo del sacerdocio y del consulado y prorrogaron por cinco años su autoridad triunviral. Para que nada faltara, ligaron con esponsales al niño Antilo, hijo de Antonio y de Fulvia, con la hija de Octavio y de Escribonia, la célebre Julia, y mutuos presentes sellaron al parecer esta amistad tantas veces renovada. Antonio dió á su colega ciento veinte barcos á cambio de veinte mil legionarios y partió luego para la Siria. No debían verse ya sino sobre las ondas que bañan el promontorio de Accio.

Poco después de la partida de Antonio, se renovó la guerra con vigor. Del nuevo puerto creado por Agripa salió una poderosa armada, y según el uso imponentes ceremonias religiosas llamaron sobre ella la protección del cielo, como entre nosotros se bendicen los barcos al salir del astillero. Luego que se hubieron colocado los navios enfrente de los altares levantados en la playa, los sacerdotes, sentados en ligeras canoas con las víctimas, cuya sangre iba á rescatar la vida de los marinos, dieron tres vueltas alrededor de la flota. Los jefes del ejército los seguían pidiendo á los dioses que desviarán de las naos los presagios siniestros y los dirigieran sólo á las víctimas. Inmoladas éstas, arrojaron los sacerdotes á la mar una parte de las carnes como ofrenda consagrada á las divinidades marinas, y quemaron el resto en los altares en honor de las divinidades celestes. Durante el sacrificio, hacía oír el ejército piadosas aclamaciones.

A solicitud de Agripa se decidió que se atacara Sicilia por tres puntos: Lépido que por fin iba á llegar de Africa, por Lilibea; Estalilio Tauro (1), el comandante de las galeras que Antonio había cedido, por el promontorio Paquino y Octavio por la costa septentrional.

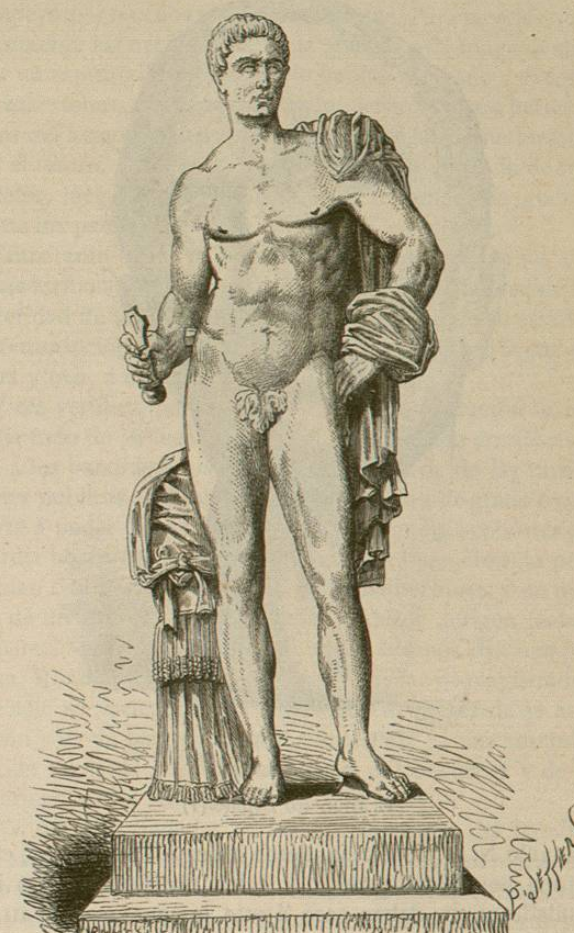
Las tres flotas partieron á un mismo tiempo; pero la que montaba Octavio fué batida, en el estrecho canal entre Capri y la isla de las Sirenas, por una violenta tempestad que alcanzó al mar de Jonia é impidió que Tauro saliera del puerto de Tarento. Únicamente Lépido pudo desembarcar y poner sitio á Lilibea. Octavio envió á Mecenas á Roma á fin de prevenir las turbulencias que pudiera excitar la noticia del contratiempo, y visitó todos los puertos donde sus barcos se habían refugiado con objeto de reparar cuanto antes sus averías. Si, en efecto, no poseía el genio militar de su tío, á lo menos tenía su perseverancia. «Yo sabré vencer, á pesar del mismo Neptuno,» dijo con arrogancia, y para castigar al dios, que tan mal lo había tratado, prohibió que se llevara su estatua á los juegos del Circo.

Sexto, al contrario, confiando en la protección del dios cuyo manto y tridente llevaba, dejaba que la tempestad trabajara por él. Sin duda olvidaba que en ciertos casos, la mejor manera de defenderse es atacar; y en vez de perseguir los restos de la flota contraria, ó intentar desembarcar en Italia que el descontento general hubiera favorecido á buen seguro, concentró su armada en Mesina, como si los monstruos oceánicos, en otro tiempo terribles, Escila

(1) En 1875, en los terrenos que se extienden en el Esquilino entre las ruinas del templo de *Minerva Médica* y la *Porta Maggiore*, hubo de darse con una vasta galería subterránea, cuyas paredes ofrecen una multitud de *loculi*, nichos ó urnas de barro cocido, que contienen *le cineri della legione interminabile dei servi e dei liberti della gente Stalilia*. Era el sepulcro de los Estalios Tauros y de su familia, libertos y esclavos. En las mismas paredes corre también una zona ó faja de 0^m,38 de ancho, cubierta de las más bellas pinturas que se hayan descubierto en el suelo de Roma de mucho tiempo acá, las cuales representan la leyenda de Eneas, más que nunca nacional en Roma desde César, pero diferente en ciertos puntos de la que Virgilio iba á consagrar.

y Caribdis, hubieran de defender por él la entrada del estrecho.

En un mes puso otra vez Octavio su armada á flote. Sexto había fortificado la más importante de las islas eólicas, Lipara, excelente estación naval para resguardar las inmediaciones del estrecho de Mesina y defender la costa septentrional de Sicilia. Agripa se apoderó de ella: al mismo tiempo, Octavio, á la otra parte del estrecho, desembarcó tres legiones en Sicilia, cerca de Tauromenio. Un descalabro sufrido por la flota de Lépido fué compensado por una victoria naval de Agripa á vista de Míles; pero una nueva derrota de Octavio lo rechazó á Italia. Hubo de correr esta



Sexto Pompeyo (2)

vez los mayores peligros, habiendo tenido que divagar una noche entera á bordo de una barca sin un guardia ni nadie que lo sirviera. Este general, siempre enfermo ó malhadado los días de batalla, no dejaba por eso de merecer la confianza de los soldados: la sombra de César lo protegía sin duda.

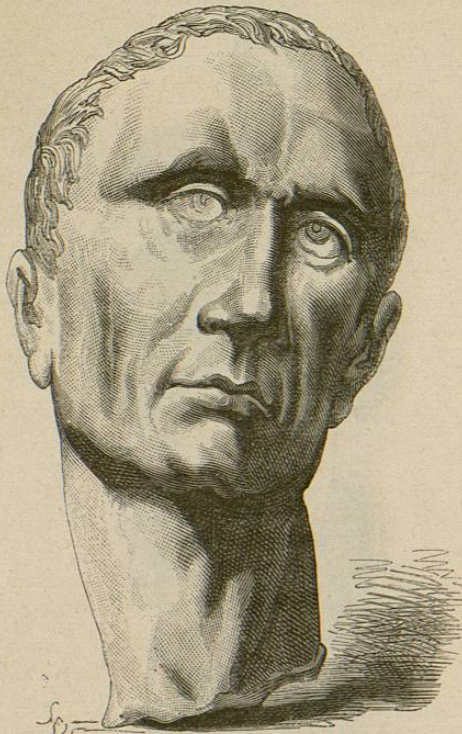
Las legiones que había dejado en tierra cerca de Tauromenio, al mande de Cornificio, corrían grandes peligros: Pompeyo interceptaba por mar sus socorros y su caballería rodeaba el campamento. Cornificio se decidió á batirse en retirada por caminos impracticables, donde las lavas del Etna ardientes aún habían secado las fuentes: su idea era alcanzar la costa septentrional, en que Agripa había ocupado muchos puntos, después de su victoria. Y, en efecto, llevó á cabo este difícil movimiento con una habilidad y firmeza que le hicieron mucho honor y le valió más tarde

(2) Estatua de mármol de Paros, encontrada no lejos de Túsculo y firmada *Ophelion, hijo de Aristonidas* (Museo del Louvre, n.º 150 del Catálogo Clarac).

el privilegio de volver á su casa en silla curul siempre que cenaba á mesa extraña.

Mientras Cornificio hacía esta hábil retirada operando felizmente su reunión con otras tres legiones enviadas á su encuentro, se apoderaba Agripa de Tindaris, excelente posición, desde donde por una parte daba la mano á Lépido, dueño en fin de Lilibea, y por otra amenazaba á Mesina.

Acercábase pues el desenlace: Octavio descendió otra vez á Sicilia con el resto de sus tropas en una masa de veintiuna legiones, veinte mil caballos y cinco mil arqueros y honderos, que se reunieron entre Miles y Tindaris, adonde Lépido había llegado. Pompeyo ocupaba fuertemente



El triunviro Lépido (1)

el ángulo N. E. de Sicilia, desde Miles á Tauromenio, con Mesina por cuartel general, y había fortificado todos los desfiladeros que daban paso á este inmenso campo atrincherado.

Un movimiento de Agripa le hizo creer que la flota contraria se iba á más andar sobre el cabo Peloro, y abandonó sus puestos del Oeste, que luego al punto ocupó Octavio, pudiendo ya los triunviro iniciar su movimiento sobre Mesina. Amenazado en su albergue por dos formidables ejércitos, rehusó Pompeyo combatir por tierra; pero debía apresurarse á dar un golpe decisivo, por cuanto el dinero y los víveres le faltaban, y se decidió á probar fortuna en el elemento que hasta entonces lo había protegido.

Cada flota constaba de trescientas quillas, y el choque ocurrió entre Miles y Nauloca á vista de los dos ejércitos formados en batalla á la orilla de la mar (3 set. 36). El combate fué empeñado y mortífero, y el éxito estuvo indeciso mucho tiempo. Agripa, como el primer cónsul que venció á los cartagineses por mar, había armado de arpones sus navíos para agarrar y detener los barcos enemigos, más rápidos que los suyos, y obligarlos á recibir el aborda-

(1) Busto de bronce encontrado en Montmartre en 1787, en las ruinas de una antigua fundición (Gabinete de Francia, n.º 3120 del Catálogo).

je (1). Cuando Sexto vió inclinarse la victoria á la flota octaviana, apagó el fanal de su almiranta, arrojó al mar su anillo y sus insignias de mando y emprendió la fuga con diez y siete barcos.

Mesina se hallaba en estado de sostener un largo sitio y Pompeyo tenía aún dos ejércitos en la isla, uno cerca de Lilibea y otro hacia Nauloca, y los abandonó. Verdadero jefe de piratas, desembarcó un momento en la costa del Brucio para entrar al pillaje el templo de Juno Lacinia, y desde allí hizo rumbo en demanda del Asia, con el designio de reclamar de Antonio el precio del servicio que en la guerra de Perugia había prestado á su madre. Supo en Lesbos el desgraciado éxito de la expedición contra los partos, y creyó la ocasión favorable para levantar otra vez su fortuna á costa de la vacilante del dueño del Asia. Tomó fácilmente muchas ciudades; pero las negociaciones emprendidas con los reyes del Ponto y de los partos hicieron que lo abandonaran sus amigos, incluso su mismo suegro Escribonio Libo. Obligado á entregarse él mismo algún tiempo después, fué degollado en Mileto por un oficial de Antonio (35).

Las ocho legiones que había abandonado, se reunieron en Mesina, que Lépido sitió; pero sus jefes sólo esperaban ocasión de tratar, y llegada, pidieron al triunviro, para pasarse á sus filas, el pillaje de la misma ciudad que les había dado asilo. A pesar de la oposición del noble Agripa, Lépido consintió, y durante toda una noche la desdichada ciudad sufrió todos los atropellos y horrores del saqueo, hecho por sus defensores y por sus enemigos. Lépido se halló entonces al frente de veinte legiones, y creyó que con tales fuerzas le sería fácil crearse una posición más alta que la que se le había concedido desde el principio del triunvirato.

Y efectivamente, en una conferencia con Octavio, habló altivamente y pretendió que se añadiera la Sicilia á su gobierno. Octavio le echó en cara su calculada lentitud, sus secretas negociaciones con Sexto Pompeyo, y se separaron dispuestos á comenzar otra guerra civil.

Octavio sabía muy bien cuán poco estimaban las tropas á su rival, y tuvo la audacia de presentarse en su campamento sin armas y sin escolta: ya los estaba arengando, cuando acudiendo Lépido con algunos soldados afectos á su persona, lo expulsó á flechazos. Pero la fidelidad estaba ya quebrantada, y muchas legiones de Lépido se pasaron á las filas de Octavio, cuando éste se acercó á la cabeza de su ejército, habiendo corrido aquél grave peligro, cuando quiso oponerse á la desertión que venía á ser general. Pero por más que hizo, se vió obligado al fin á postrarse á los pies de su antiguo colega y á pedirle humilde y bajamente perdón.

Era Octavio demasiado fuerte para ser ya cruel, y lo relegó á Circei, dejándole sus bienes y su dignidad de pontífice máximo. Lépido vivió allí veintitrés años.

«Era Lépido, dice Montesquieu, el peor de los ciudadanos que hubiera en la república y se siente cierta complacencia viendo al fin su humillación. Carecía de talento y de energía, y por lo mismo únicamente debió á las circunstancias el importante puesto que ocupara en la cúspide del gobierno. Bien es verdad que no parece sino que la fortuna se complació en elevarlo tan alto para que fuera mayor y más ruidosa su caída.»

(2) El arpón de Agripa era una pértiga de madera de 5 codos guarnecida de hierro y terminada á un extremo por un garfio de hierro y al otro por una anilla con un cable, de que tiraba una máquina, cuando arrojado el arpón por una catapulta, había enganchado un barco enemigo (Ap. *Bell. civ.* V, 118).

CAPÍTULO LXI

EL DUUNVIRATO DE OCTAVIO Y DE ANTONIO (36-30)

I. — PRUDENTE ADMINISTRACIÓN DE OCTAVIO. — REVESES Y LOCURAS DE ANTONIO EN EL ORIENTE (36-33)

El problema de los futuros destinos de la república iba simplificándose. Antes había partidos, el pueblo, el senado, los nobles, los ambiciosos grandes ó pequeños: por encima de este caos de intrigas, se levantaron tres hombres, luego dos, después uno solo. Muerto éste, volvió á reinar la anarquía, y otros tres hombres recogieron el poder para renovar la prueba que había fracasado. Ya no quedan más que dos hombres de este segundo triunvirato, como diez y siete años antes; pero ¡cuántos progresos no han hecho las ideas monárquicas! En tiempo del triunvirato de César y Pompeyo vivían aún Bruto, Catón, Cicerón. Aquellos ilustres varones no existen ya, y el pueblo y el senado han abdicado sin esperanza y pudiera decirse sin pesar. Antonio es dueño del Oriente, Octavio del Occidente y reinan los dos hasta tanto que el uno se sobreponga al otro.

Desde la deposición de Lépido, tenía Octavio cuarenta y cinco legiones, veinticinco mil caballos, cerca de cuarenta mil hombres de tropas ligeras y seiscientos quillas en la mar. Pero el día siguiente de la victoria es más temible que el del combate para los caudillos revolucionarios. Conociendo su fuerza los soldados exigieron imperiosamente las mismas condiciones ó recompensas ofrecidas después de la batalla de Filipos: Octavio les ofreció coronas y armas de honor; á los tribunos y centuriones, la toga pretexta y las senaduras de sus ciudades respectivas. «Todas esas cosas no son sino juegos de niños, hubo de contestar el tribuno Ofilio; dinero y tierras es lo que importa á un soldado.» Octavio no se dió por ofendido, al parecer, de esta libertad; pero aquella misma noche desapareció el tribuno.

Fuera de esto, distribuyó veinte mil licencias y gratificaciones, para las cuales Sicilia sola suministró 1600 talentos, recibiendo cada soldado 500 dracmas. Después de haber arreglado la administración de Sicilia y enviado al Africa á Estatilio Tauro á tomar posesión de esta provincia, volvió á Roma el joven César: el senado lo recibió á las puertas de la ciudad, y el pueblo, que veía renacer de pronto la abundancia, lo acompañó al Capitolio, coronado de flores. Había empeño en colmarlo de honores; pero comenzando ya Octavio á desempeñar su simpático papel de abnegación y modestia, no aceptó más que la inmunidad tribunicia, la ovación y una estatua de oro. Se propuso también conferirle la alta dignidad de pontífice máximo, de que sería despojado Lépido; pero Octavio se opuso para no violar la ley que declaraba vitalicia esta magistratura religiosa.

César se perdió manifestando sin reserva su desprecio á esas hipocresías políticas que dan vida á los muertos; Octavio aceptó, como todos, la mentira aun amada, que la república sufría. El segundo consulado había venido á ser por un plebiscito una magistratura legal, á diferencia del primero, que sólo había sido una asociación secreta de tres hombres poderosos. De esta legalidad pues se mostró Octavio escrupuloso observador. Antes de entrar en la ciudad, fuera del pomerio, porque un imperator no podía arengar en el foro, había leído un discurso, dando al pueblo cuenta de

todos sus actos y copias de su discurso. En él invocaba la necesidad como excusa de las proscripciones, prometía para el porvenir la paz y la clemencia, y en prueba de su moderación hizo quemar públicamente las cartas escritas á Sexto Pompeyo por muchos magnates de Roma. Para mostrar que únicamente las necesidades de la guerra, y de ninguna manera un espíritu de rapacidad, le habían obligado á excesivas exacciones, suprimió muchos impuestos é hizo á los dueños del Estado y á los publicanos una rebaja de sus atrasos con el tesoro. Finalmente declaró que haría dimisión de sus poderes, luego que Antonio hubiera terminado la guerra contra los partos.

Entre tanto devolvió á las magistraturas urbanas sus antiguas atribuciones, á fin de que no pudiera dudarse de la sinceridad de sus promesas y no quiso al pie de su estatua más inscripción que esta: «Por haber restablecido la paz en tierra y mar, á costa de grandes fatigas.»

Y era verídica, porque su enérgica administración lo reponía todo en su lugar en la península: Sabino arrojaba de ella á los bandidos; los esclavos que á favor de las turbaciones públicas se habían escapado, volvían de grado ó por fuerza á poder de sus antiguos señores; muchas cohortes de guardia nocturna que organizó con muy buen consejo perseguían en las calles de Roma á los malhechores, y en menos de un año, la seguridad perdida desde antigua fecha, reapareció en la ciudad y hasta en los campos. En una palabra, Roma estaba ya gobernada. En lugar de magistrados que sólo se sirvieran de su autoridad en interés de su ambición y de su hacienda como antes, tenía ya una administración vigilante que se preocupaba del bienestar y de la seguridad de los habitantes.

Así pues las ciudades de Italia preservadas del hambre por su victoria y restituídas al reposo por el orden establecido en todo, bendecían la benéfica autoridad de Octavio, cuya imagen colocaban ya algunas entre las estatuas de sus dioses protectores.

Después del tratado de Brindis, había permanecido Antonio en Atenas al lado de Octavia, velando á la vez, en medio de las fiestas, sobre los acontecimientos de Italia y los negocios de Oriente. Los partos eran poco temibles, fuera de sus inmensas llanuras: en el accidentado suelo de la Asiria y del Asia Menor, su caballería no había podido hacer frente á la infantería romana y los tenientes de Antonio habían obtenido en todas partes la victoria. Sosio los había expulsado de la Siria; Canidio, vencedor de los armenios y de las gentes de la Albania y de la Iberia, aliados suyos, había llevado sus victoriosos estandartes hasta el pie del Cáucaso. Pero los más brillantes hechos de armas pertenecían á Ventidio, aquel asculano que en la guerra social, había conducido cautivo tras su carro triunfal Pompeyo Estrabón, padre del gran Pompeyo. Batió en Cilicia á los partos y al tránsfuga Labieno, el cual murió en la jornada; otro ejército pártico tuvo la misma suerte; su jefe Pacoro quedó también en el campo de batalla y los partos tuvieron que huir hasta más allá de las fronteras del imperio.

Ventidio no se atrevió, sin embargo, á perseguirlos temiendo acaso excitar los celos de su jefe; mas para cerrarles